

Cuando muere un ser querido, la tendencia es sentirse abrumado por el dolor, confundido, enojado, y agotado. La muerte nos obliga a hacernos ciertas preguntas que tal vez nunca antes nos hayamos hecho:

*¿Dónde están nuestros seres queridos
que ya murieron?*

¿Todavía pueden vernos?

¿Habrá esperanza de volverlos a ver?

¿Van al cielo todos los que mueren?

Y ahora, ¿cómo hago para seguir adelante?

*¿Debo sentirme culpable por no hacer más
por mi ser querido antes de su muerte?*

LA GRAN PREGUNTA

Algunas preguntas son fáciles de contestar, y otras parecen no tener respuestas. Pero todas las preguntas que inundan el alma en tales momentos son una indicación de que la muerte misma es un gran misterio. En la vida podemos hacer planes para el futuro. Podemos soñar. Podemos cambiar de rumbo; podemos aprender. Sabemos lo que nos gusta hacer y lo que no nos gusta hacer. Tenemos opciones.

La muerte interrumpe todo esto. Marca el fin de los planes, de la habilidad de comunicarse con otros, y de la capacidad de tomar decisiones. Miramos el rostro sin vida de nuestro ser querido que ya no responde. No tiene sonrisa. Sus ojos ya no

ven. No hay respuesta a las miles de preguntas que invaden nuestras mentes. Sólo hay silencio.

¡Ay, muerte! ¿Qué eres? ¿Qué has hecho con mi ser querido? ¿Dónde lo has llevado? ¿Todavía existe en algún lugar?

¿Qué es la muerte? En verdad, es una pregunta muy difícil de contestar. Es una pregunta a la cual ningún hombre o mujer jamás le ha hallado una respuesta satisfactoria. Ni los filósofos, ni los poetas, ni los místicos, ni los realistas han resuelto los misterios de la muerte.

Pero nuestro Creador no ha guardado silencio al respecto. Dios ha hablado de manera clara. Si lo escuchamos con atención, nuestros corazones pueden hallar consuelo y gran confianza.

LA RESPUESTA

La palabra de Dios nos enseña que la muerte es uno de los resultados del pecado. *“La paga del pecado es muerte...”* (Romanos 6:23). Desde que Adán y Eva cayeron en pecado, todas las personas han nacido con cuerpos mortales, sujetos a la enfermedad y la muerte. *“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Romanos 5:12).

La buena noticia es que, si creemos en Jesús, podemos ser salvos del pecado y aun del poder de la muerte. *“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Romanos 6:23). Cuando Lázaro murió, Jesús le dijo a Marta (que se dolía por su hermano): *“Yo soy la resurrección*

y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

Los que creemos en Jesús no tenemos que temer la muerte física, porque sabemos que no es más que un pasaje de esta vida a otra vida mejor con Jesús. En Jesús logramos esta liberación de la muerte. *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él [Jesús] también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14–15).*

Por medio de nuestra fe en Jesús, tenemos una respuesta al misterio de la muerte. Sabemos que la muerte es un resultado del pecado. Pero también sabemos que si creemos en Jesús, la muerte será nuestra puerta hacia la vida eterna. Por eso, ya no debemos temer a la muerte.